



EL BARCO
DE VAPOR

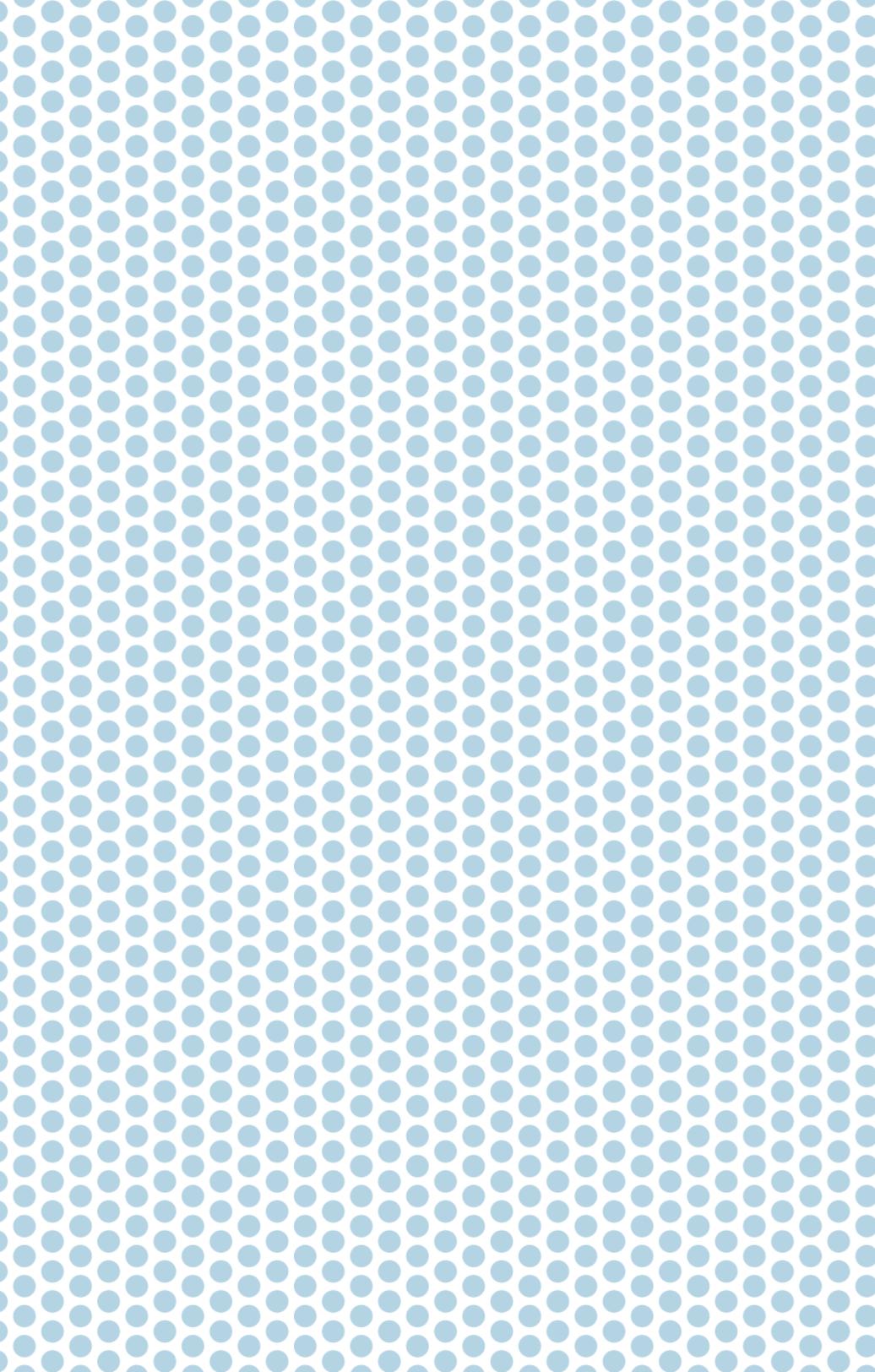
El diablo de las aguas frías

Carlos Puerto

Ilustraciones
de Mónica Armiño



sm





EL BARCO
DE VAPOR

El diablo de las aguas frías

Carlos Puerto

Ilustraciones de Mónica Armiño



Todas las citas de *Viaje al centro de la Tierra*, de Julio Verne, pertenecen a la traducción de Antonio Álvarez y Salvador Bordoy. *Novelas escogidas I*. Aguilar, Barcelona, 1975.

Primera edición: septiembre de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Iria Torres
Coordinación gráfica: Marta Mesa

© del texto: Carlos Puerto, 2017
© de las ilustraciones: Mónica Armiño, 2017
© Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9440-9
Depósito legal: M-10587-2017
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«Sé curioso como los troles,
no te aburras nunca,
porque la verdadera vida no es aburrida.
Y, sobre todo, no tengas miedo
a buscar cosas, porque solo los que buscan
pueden descubrir los secretos del mundo,
a pesar de que se escondan bajo la apariencia
de un bondadoso niño o de un terrible diablo.
Pero te aviso: estos personajes
casi nunca son lo que parecen...».

(De una leyenda islandesa)

● 1

LA DESPEDIDA

VALENTINA SE QUEDÓ con la boca abierta al oír las última palabras que le dijo su padre antes de marcharse. Las pronunció casi en un susurro, al oído, y desde luego no parecían unas palabras de despedida, el adiós típico del que se va. Más bien tenían la apariencia de un encargo.

–Busca al niño con barba.

–¿Qué niño? –preguntó ella sorprendida.

Mauricio, su padre, le dio el último abrazo. Un abrazo que ninguno de los dos quería que terminara nunca.

–Toma –le dijo después, entregándole un pequeño paquete–. No lo abras hasta esta noche. Aquí dentro hay un par de cosas que seguramente te ayudarán.

–¿A buscar al niño con barba?

Mauricio le puso un dedo en los labios.



–¡Chist! No pronuncies su nombre en voz alta, porque puede salir corriendo y entonces... ¡adiós para siempre!

–Pero al menos dime cómo se llama –rogó la niña.

–Solo te puedo decir que cuando estés triste y lo busques, él hará que te sientas mejor, mucho mejor. Ya lo verás.

–¿Sí? ¿Cómo? –Valentina estaba verdaderamente intrigada.

–Todo a su tiempo, cariño. Tú actúa con discreción y así podrás descubrir su gran secreto. Yo ahora tengo que irme.



La gran terminal de aeropuerto se lo tragó.

Cogida de la mano de su tía, Valentina vio cómo su padre se perdía entre la gente tras pasar el control de la policía. Luego, sus ojos buscaron el panel del aeropuerto que anunciaba las salidas de los próximos vuelos. Su tía la ayudó.

—Mira, ahí está.

A Valentina le costaba pronunciar el nombre de la ciudad a la que se dirigía su padre. Se preguntó por qué se tenía que ir tan lejos y, encima, a un lugar con un nombre tan difícil. Primero una R, seguida de una E, una I, una K, una I... Llegar a este punto siempre le resultaba un lío, con

tantas vocales y consonantes. Tomaba un poco de aliento y continuaba como si estuviera haciendo un crucigrama: le sigue una A, luego una V y una I, para acabar con otra K. De un tirón: Reikiavik.

Lo dicho: un lío, y encima en el quinto pino. Sabía que estaba en el quinto pino porque se había molestado en buscarlo. Una isla en medio del mar. ¡Vaya tontería acaba de decir! Todas las islas se encuentran en el medio del mar, por eso son islas.

–Es un lugar muy bonito, ya lo verás –le había dicho su padre.

–Tú eres el que lo va a ver, no yo –había replicado ella.

Mauricio se había quedado en silencio unos segundos antes de sonreír.

–De momento... Pero algún día me acompañarás.

–¿Me lo prometes? –preguntó su hija alborozada.

–Te lo prometo.

–¿Cuándo?

–En cuanto yo tenga unos días libres, si estás de vacaciones, te vienes –propuso él.

–¿Y si no estoy de vacaciones? –preguntó Valentina, que veía con temor que la promesa se empezaba a difuminar.

–De momento no te preocupes por eso, que ya lo arreglaremos. Ahora lo importante es que tú estudies y que yo trabaje –sentenció su padre–. Eso es lo que quería mamá: a ella le gustaba tanto estudiar como trabajar.

La niña recordó a su madre. Siempre lo hacía, pero cuando alguien la mencionaba mucho más. Mamá se pasaba el día leyendo libros y de un lado para otro, sin parar. Era agente comercial e iba de ciudad en ciudad ofreciendo sus productos. Siempre en la carretera, siempre en coche.

Y en coche... les dijo definitivamente adiós.

Valentina no quería llorar, y menos en el aeropuerto, mientras se despedía de papá. No quería ponerle triste; bastante tenían con la separación.

–Adiós, papá –susurró.

Reikiavik.

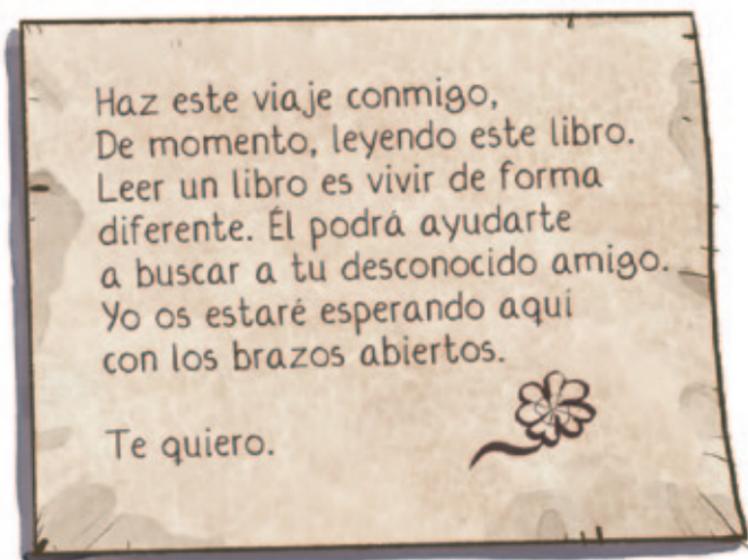
Desde ese momento soñó con ese nombre imposible.

–Vamos a casa –dijo su tía, acompañándola hacia la salida.

Valentina sabía que aquella sería la última noche que dormiría en su casa de verdad. Al día siguiente, ella también tendría que hacer un viaje, pero más corto que el de su padre, al que sería su nuevo hogar durante los próximos meses: el internado.

Nada más sentarse en su cama, desenvolvió el paquete dorado que Mauricio le había dejado como recuerdo. En cuanto lo abrió, vio que dentro había otro paquetito más pequeño de color plateado.

El primer envoltorio escondía un libro de Julio Verne, *Viaje al centro de la Tierra*. En la primera página había una dedicatoria:



Como firma, su padre había dibujado un trébol de cuatro hojas, el de la buena suerte.

El papel plateado escondía un estupendo objeto redondo que cabía en una mano: una pequeña brújula. Siempre le habían gustado las brújulas, tan obstinadas ellas, empeñadas en señalar constantemente el Norte. Justo adonde se iba papá.

Pensó que los dos regalos hacían una buena pareja, sobre todo cuando leyó lo que ponía en la contraportada del libro. Los protagonistas iniciaban su fantástico viaje al centro de la Tierra metiéndose por el cráter de un volcán apagado, en una gran isla repleta de géiseres, fumarolas, glaciares, cataratas y casas con tejados de hierba. Un lugar con bonitos caballos, enormes ballenas y millones de pájaros distintos. Esa isla se llamaba Islandia, y era precisamente hacia donde estaba volando su padre en esos momentos.

Antes de acostarse, Valentina colocó el libro y la brújula en su mesilla de noche.

Los contempló desde la almohada como hipnotizada, hasta que los párpados comenzaron a pesarle.

–Buenas noches, papá –dijo en un susurro, y enseguida añadió–: Buenas noches, mamá.

El día estaba terminando, pero si Valentina hubiera tenido poderes mágicos para detener el tiempo, lo habría hecho. A la mañana siguiente, quiera o no, tendría que subir a un autobús que la llevaría muy lejos de allí.

● 2

LAS PUERTAS DEL INFIERNO

DICEN QUE LAS RAÍCES de las puertas del cielo están en la tierra; pero Mauricio sabía que su misión no se encontraba en tierra firme, sino bajo el agua, donde, según las leyendas nórdicas que había leído, se encuentran las puertas del infierno.

–*Gerðu svo ve* –dijo Thor Porvaldur, su acompañante, invitándole a subir a bordo.

El hombre había ido a buscarle al aeropuerto en nombre de la empresa para la que trabajaba Mauricio, y a partir de ese momento sería su compañero y guía. Tenía unas largas patillas que se confundían con su mostacho, llevaba siempre una pipa de espuma de mar apagada en la boca y cubría su cabeza con un gorro de lana negro con un pompón rojo. Sobre su grueso jersey se podía leer un número, el 66. Además, era el piloto del helicóptero que debía conducirlo a su destino final, al norte de la isla.



–*Dakka þér kærlega fyrir* –agradeció Mauricio, quien había aprendido unas cuantas palabras en aquel desconocido idioma antes de su viaje a Islandia. Unas pocas frases básicas, más que nada para quedar bien y para que vieran que había hecho el esfuerzo.

Su compañero se lo agradeció con una amplia sonrisa y decidió no hacerle sufrir más. A partir de ese momento, hablarían en una lengua que conocieran los dos.

–Le habrá extrañado que no haya habido apenas noche. Pero de eso ya queda poco: se acerca el invierno y en unas semanas echaremos de menos la luz del sol.

Mauricio sabía lo que sucedía en los países del norte, en los que solo había dos estaciones: la del largo día y la de la noche eterna, de seis meses cada una. Algo muy distinto de lo que ocurría en la mayor parte del mundo.

–Somos un pueblo de sol y sombra –dijo el islandés, jugueteando con su apagada pipa–. Ahora viene la época de sombra.

Mauricio sonrió amablemente. Estas palabras le recordaron un acertijo que le había planteado a su hija: «¿Qué es lo primero que hace un perro cuando sale al sol?». Ella había respondido que estirarse, rascarse con una pata y mear junto a un

árbol. Pero no, la respuesta correcta era: «Lo primero que hace un perro cuando sale al sol es... sombra».

Pero eso, en los largos días invernales de Islandia, sería difícil que sucediera.

–El camino que conduce al día es ya el día –dijo Thor de forma enigmática–. Los pasos que se dan hacia la noche son ya la noche.

Mauricio tendría que acostumbrarse a la forma de expresarse de aquel hombre, siempre un poco misteriosa y difícil de entender.

Pensó que eso no estaba mal. Allí tendría todo el tiempo del mundo para pensar, y si encima era sobre cosas misteriosas, desde luego no se iba a aburrir.

Lo malo sería que volviera con insistencia el recuerdo de su mujer, del accidente, del... No, eso no. Quería tenerla al lado, siempre la llevaría en su corazón, pero no así. Prefería recordarla viva, jugando con la niña, riendo los tres juntos.

De momento, con la disculpa de sonarse, se enjugó una lágrima con disimulo y subió al helicóptero. Este llevaba pintada en el morro una caricatura del guerrero Leif Erikson, el habitante más famoso de toda Islandia, e hijo de otro memorable luchador, Erik el Vikingo.

Se abrochó el cinturón y se dispuso a contemplar el país desde las alturas. Observaría todos los detalles para poderse lo contar a Valentina en su primera carta.

–Le tengo reservada una sorpresa –anunció Thor Porvaldur colocándose el casco de piloto con los auriculares, a través de los cuales se comunicarían desde ese momento–. *Hvalir*.

–*Hvalir*? –preguntó Mauricio, intrigado.

–Ballenas –respondió el piloto.

El aparato despegó casi verticalmente y a los pocos segundos estaba sobrevolando los tejados de Reikiavik rumbo al norte de la isla.

–No sé si las veremos. Por si las moscas, prepare la cámara de fotos y los prismáticos.

Mauricio extrajo ambos instrumentos de su bolsa de mano, alegrándose de no haberlos metido en la maleta que se encontraba en el compartimento de carga del helicóptero.

–Húsavík es un lugar precioso, ya lo verá. Y no está lejos de la plataforma.

A Mauricio le agradó que tuviese el gesto de llevarle primero a contemplar cetáceos.

Pensó que aquello habría encantado a Valentina, aunque estaba seguro de que llegaría el momento de hacerlo juntos.

Thor encontró fácilmente un sitio donde aterrizar. Al fin y al cabo, Islandia era uno de los países menos poblados del mundo.

Desde la bahía de Húsavík contempló aquel mar plácido, rodeado de nubes algodonosas. El reflejo de estas se mezclaba en el agua con los colores de los barcos allí amarrados y listos para partir.

La embarcación en la que viajarían tenía dos largas franjas, una roja y otra azul, y en su popa se agitaba con el viento la bandera islandesa. Durante unos instantes se detuvo en el muelle, contemplando la escena. Mauricio hizo varias fotos.

Su barco se llamaba *Forréttindi* y salió de puerto sin prisa, dejando a su paso una suave estela, que también retrató con su cámara.

A la media hora de navegación, Thor le indicó que a partir de ese momento podrían encontrar ballenas.

Mauricio miraba hacia todos lados; le parecía que cualquier penacho del oleaje era el anuncio de que un animal iba a emerger. Pero todo se quedaba en esperanza.

Sin embargo, el paseo era tan hermoso que solo navegar por la bahía ya merecía la pena.

Pronto vieron que no estaban solos: media docena de delfines decidieron hacer compañía al *Forréttindi* y avanzar en paralelo al casco, dibu-

jando acrobacias en el aire y jugueteando con las aguas.

Era un bonito espectáculo. Mauricio no paró de hacer fotos a los animales. No sabía si observarlos a través de los prismáticos o si fotografiarlos. Durante un rato decidió simplemente mirarlos con sus propios ojos, como si fuesen lenguas de plata en el mar azul.

De repente, su compañero gritó:

—¡Las doce menos diez!

Mauricio miró su reloj: marcaba las tres y veinte. Estuvo a punto de corregirle, pero se dio cuenta a tiempo de que aquella era la forma que tenían los marineros para anunciar lo que avistaban. La proa del barco simulaba ser las doce en punto, y a partir de ahí se trazaba una esfera imaginaria, como si fuese un mapa dibujado en el mar.

Mauricio miró a las doce menos diez y allí la vio resoplar, echando un chorro de agua por su lomo.

Se trataba de una ballena verrugosa, una de las más simpáticas. Decían que si estaba de humor podía incluso saltar, saliendo del agua y haciendo una pirueta, moviendo su enorme cuerpo de treinta y cinco mil kilos como si fuera de ligero algodón.

El cetáceo mostró su dorso y se sumergió varias veces entre las suaves olas. Todos los que iban en el barco contuvieron el aliento esperando el mo-

mento cumbre. A la sexta llegó: la ballena alzó su monumental cuerpo casi por completo, se arqueó en el aire y volvió a hundirse, mostrando su hermosa y grande aleta dorsal en forma de dos relucientes triángulos.

–Bonita, ¿verdad? –Thor Porvaldur fingía estar acostumbrado a aquellas visiones, pero sus ojos, que relucían tanto como los de Mauricio, se habían empañado con la emoción del momento.

El piloto se los secó con el revés de la mano, enfundada en unos gruesos guantes. Aunque lucía el sol, el viento que soplaba cortaba la piel.

–*Laglegur*. Muy bonita –reconoció su compañero.

–Pero es un poco pequeña.

–¿Pequeña?

–Comparada con otras, sí. Tenga en cuenta que la ballena azul puede llegar a pesar ciento noventa mil kilos –añadió el islandés.

Mauricio se quedó con la boca abierta, incapaz de imaginar todo aquel poderío. ¡190.000 kilos! Eso debería ser más que varios elefantes juntos. ¡La repanocha!

El grupo de delfines pareció querer celebrar a su manera aquella fastuosa aparición, multiplicando sus majestuosos saltos como si saludasen a los viajeros marinos.

Mauricio sintió un arrebato de melancolía. Aquello resultaba hermoso, sí, pero él no estaba en Islandia para contemplar el paisaje, ni para fotografiar ballenas, ni siquiera para luego contárselo a su hija.

Su misión consistía en adentrarse en las profundidades marinas y romper su suelo en busca de petróleo, el preciado oro negro que todavía tanto se necesitaba en el mundo.

Dejó que sus ojos siguieran las cabriolas de los delfines y los acompañó mentalmente hasta el fondo, preguntándose qué se encontraría allí abajo.

Esa noche la pasaron descansando en un pequeño hotel de Húsavík. Cuando Mauricio se quedó solo en su habitación, se puso a escribir una carta para su hija. Como no sabía cuándo podría telefonarla, habían decidido que todos los días se comunicarían a través del correo electrónico. En aquella habitación no había ordenador, por lo que decidió escribir a mano, en espera de que su compañero le facilitara uno con conexión a internet.

–No se preocupe –le dijo Thor a su regreso–, en la plataforma podrá conectarse. Parece una pequeña isleta perdida en medio del Atlántico, pero tenemos de todo.

–Menos libertad para escapar –bromeó Mauricio, que en el fondo pensaba que la plataforma era como un laberinto sin salida. Y en su interior estaban ellos dos, rodeados de agua y gaviotas, de espuma de mar y de atardeceres, de viento helado y de sueños, muchos sueños por cumplir.

–¿Crees que allí hay petróleo? –preguntó al islandés, contemplando el mapa que este le acababa de traer. Una cruz marcaba el lugar donde iban a hacer las prospecciones.

–No sé... –Thor Porvaldur se quedó pensativo unos instantes–. Ya sabe que aquí tenemos mucha agua. Fría y caliente, en todos sus estados. Es fácil encontrar géiseres, nieve, fumarolas, glaciares...



E incluso enormes icebergs, como los de la laguna de Jökulsárlón. Pero petróleo...

–Le vendría muy bien al país que diésemos con él, ¿no?

Su compañero movió la cabeza de un lado a otro y se encogió de hombros.

–Al final, usted lo sabe mejor que nadie, los que se suelen beneficiar son los extractores, no los propietarios del terreno. Desde luego, cualquier mejora le vendría bien a Islandia, pero hay que tener en cuenta más cosas aparte de la economía. Y algunas son muy, pero que muy importantes.

A Mauricio le sorprendió el giro que había tomado la conversación.



–¿Por ejemplo? Dime una de esas cosas importantes.

–Nuestra historia, y con ella nuestras leyendas.

–No me digas –Mauricio se echó a reír– que una leyenda podría detener a una compañía petrolífera como la nuestra. Sería como enfrentar de nuevo a David contra Goliat.

–Pero recuerde quién ganó aquella batalla.

–Sí, claro... Pero ¿acaso hay algún pequeño e incómodo David por aquellos lares?

–La verdad, Mauricio, es que nunca se sabe. En los bosques suele haber extrañas criaturas capitaneadas por troles y otros personajes similares. Pero también las hay en las aguas. En las de los ríos, en las de las lagunas... ¿Por qué no en las del océano? Algunos las denominan sirenas; otros, diablos.

–¿Y tú? –su compañero sonrió con despreocupación–. ¿Tú cómo las llamas?

Thor Porvaldur respondió tras una breve pausa:

–Misterios.

Ahora fue Mauricio el que movió la cabeza con gesto de vacilación. Por primera vez en su vida, tuvo la sensación de que perforar las entrañas de la Tierra no solo era un negocio, sino que también podía tener consecuencias inesperadas.

–A veces olvidamos que nuestra madre la Tierra está también en el mar –dijo Thor misteriosamente.

Mauricio intentó apartar de su cabeza las imágenes de las catástrofes que habían tenido lugar por vertidos incontrolados de petróleo o por abusos de empresarios avariciosos. Durante un momento vio las aguas negras, llenas de animales untados de fuel, incapaces de caminar o volar y sentenciados a una muerte terrible.

De un manotazo, apartó todos esos pensamientos para ver la isla como lo haría un turista, con sus enormes bellezas naturales, tal y como se la iba a mostrar a su hija en cuanto tuviera la oportunidad.

–Hace un poco de frío –comentó Mauricio, echándose un jersey sobre los hombros.

–No olvide que se encuentra en la «tierra del hielo» –apuntó el islandés, en alusión al nombre con el que habían bautizado sus fundadores al país.

–Historia, mitos, tradiciones... Amigo Porvaldur –replicó Mauricio–, espero que usted sea mi guía, no solo por los fantásticos paisajes de su país, sino también por sus insondables leyendas.

Ambos hombres sabían que a partir del día siguiente las cosas no serían tan cómodas ni agradables como en aquella acogedora habitación del puerto de Húsavík. Según el historial de su empresa, más de uno había quedado atrapado para siempre en las profundidades marinas intentando hacer lo mismo que Mauricio.